

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Patrick Johansson, *La palabra, la imagen y el manuscrito. Lecturas de un texto pictórico en el siglo XVI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 480 p. (Serie Cultura Náhuatl, 29).

Nadie mejor que el propio autor para dar comienzo a estas páginas sobre un libro en verdad innovador y ambicioso. En su "Introducción" nos dice Johansson:

El lector que hoy se deleita con la lectura de un texto de índole prehispánico en una "limada y pulida" traducción al castellano, no sospecha el verdadero dédalo editorial que recorrió dicho texto desde la voz del informante indígena... hasta la nítida página impresa del libro donde hoy se puede leer. Extraído de su contexto expresivo original, de apuntes en borradores, y de un manuscrito a otro, el texto sufrió correcciones, enmiendas, interpolaciones y alteraciones diversas que afectaron tanto su forma como su contenido, antes de llegar a su estado definitivo en los documentos elaborados para alojarlo.

Ciertamente, la transmisión de los textos antiguos e incluso de algunos modernos es un dédalo editorial como nos dice Patrick, o mejor, un laberinto, en el que el estudioso se convierte en dédalo en su labor de encontrar una salida; y aun más, si de un mismo texto sobreviven varias versiones, y si estas versiones están en sistemas de escrituras diferentes, como es el caso. Entonces no sólo el autor sino también el lector, se convierten en dédalos para encontrar el camino abierto, el que lleva a la salida, el que no nos cerca.

Encontrar el camino de salida es siempre difícil pero en este caso es difícilísimo, al menos para un historiador, un filólogo o un codicólogo, ya que los tres se ocupan del tema que estudia Johansson pero en diacronía, en vertical; porque la diacronía, es decir el origen y el fin, la trascendencia histórica del texto, es el objetivo y punto de llegada para ellos. En cambio, el estudio que tenemos delante es el de un texto de naturaleza histórica pero en sincronía, es decir, analizado en sí mismo, en sus estructuras y relaciones internas. El autor se sitúa en un plano horizontal y en él hace coincidir varias teorías del pensamiento moder-

no tales como la comunicación, la oralidad, la poética, la semiótica, la semiología, la literatura, la lingüística, y, desde luego las viejas disciplinas humanísticas: la historia, la filología y la codicología.

Todos sabemos que cada una de estas formas de pensamiento humanístico tiene sus propios métodos, sus objetivos y puntos de vista; tiene también su lenguaje, o mejor, su metalenguaje. De tal manera que el autor, al ponerlas todas en un plano horizontal como caminos que se encuentran en el pensamiento, crea un verdadero laberinto.

Como Dédalo, Johansson recorre todos los caminos sin perder el que lleva a la salida. ¿Podremos nosotros, humildes lectores, seguirle, convirtiéndonos en dédalos fieles al autor? Al menos, hagamos el intento.

El primer camino que tenemos que recorrer, y bastante escabroso, es el de la comunicación. En él descubrimos un proceso de ruptura, el de la destrucción de la memoria colectiva después de la Conquista llevado a cabo por los frailes, según el autor. Más tarde, frailes e informantes tratan de reconstruir el pasado aunque, dice Patrick, sólo se logró en forma de "*hipomnesis*" es decir, "de rememoración banal de la información" y no de *anamnesis*, la única que permite una reminiscencia funcional del pasado" (p. 29.) El hecho es que la pérdida de memoria y la aparición de la escritura alfabética "desustalizaron y desfuncionalizaron la memoria colectiva". La expansión de la escritura grafo-alfabética diluyó la memoria oral de las comunidades y con ello, su identidad.

Esta alteración de la memoria, piensa el autor, llevó a un proceso aún más profundo: el de la alteración del contexto de la comunicación. Para Johansson, "los textos que existían en la mente de los informantes o en la imagen de los libros tuvieron que pasar por el embudo de una comunicación interpersonal antes de yacer sobre las páginas de los manuscritos" (p.32). Es así que se alteró la regla que debe existir en todo proceso de comunicación respecto del emisor, del mensaje y del receptor. Vistas así las cosas, este primer camino de laberinto como dije, no es fácil, es muy escabroso. En él está el trazo del postmodernismo en su aspecto de deconstructivista, un trazo denso y de aspecto negativo que nos lleva a pensar que no hay terrenos totalmente seguros en los que fundamentar los hechos históricos. Autores "de punta" como Joël Candau, J. Goody, Roman Jakobson y Marshall McLuhan están presentes como marcadores de este primer camino que, "burla burlando", ya hemos recorrido.

Entremos en el siguiente, el titulado "Semiología del texto oral". Como es también un camino difícil y sinuoso, conviene tomar la mano del autor, quien para adentrarnos en él nos dice:

Verdadero torrente expresivo que irriga los campos del saber y sacia la sed de conocimiento de una colectividad humana, el texto oral desborda sus cauces verbales y se desparrama en el espacio-tiempo circunstancial que determina su enunciación mediante gestos, danzas, músicas, ritmos, mimesis teatro-ritual, el discurso indumentario de los participantes y su presencia física en el acto de elocución (p. 67).

Estas palabras del autor nos dan la dimensión del texto vivo, de su substancia oral y de su deicis que lo acompaña, todo ello en el mundo de la oralidad. A lo largo del camino, el lector, hecho dédalo, descubre una poética de la oralidad analizada a través de sus elementos: materialidad, es decir, lo sensitivo; expresividad a través de la voz, ritmo, marcado por los instrumentos musicales; gestos, indumentaria, música y danza. Y desde luego la lengua, que ocupa un lugar de primera importancia. Considera el autor que el sistema fonológico náhuatl expresa el temperamento y la sensibilidad de los aztecas (p. 72), y que las particularidades morfológicas y reverenciales marcan el discurso en el que están redactados los textos.

En el centro de este discurso que constituye la diégesis y como sustancia de él está el mito, centro de la oralidad, de la narración. “En el comienzo era el mito”, nos dice el autor, “ya que el mito no tiene fragmentación conceptual sino que es la totalidad diegética” (p. 101). El análisis semiológico del discurso oral permite a Johansson establecer una relación entre lo divino-esencial y lo humano-existencial y fijar “el lugar cratofánico” de la aparición del águila en el *Códice Boturini*. Permite también detectar que el paso al alfabeto supuso una fragmentación de la tradición oral y una pérdida de sus elementos, diluidos en la linealidad coercitiva del alfabeto. El recorrido, como vemos, es difícil, aún con grandes ayudas como las de Paul Zumthor, Walter Ong, Antonin Artaud, Mikel Dufrenne y Michel Foucault entre otros teóricos modernos.

Dejemos este camino y entremos en otro paralelo y similar: “Semiología del texto pictórico”. La traza se logra estableciendo un vínculo entre la expresión verbal y la imagen que se simboliza con la voluta, que es “la formalización gráfica del espíritu que emana del ser” (p. 116). El recorrido nos lleva a valorar la imagen como soporte de la palabra y los glifos como expresión de una imagen vinculada a la palabra. La imagen lleva al libro que, a su vez, es objeto de una lectura semiológica como un texturema o sea, una unidad de percepción cognitiva del dato sensible (p. 122). Incluso la forma del libro en biombo es también un elemento significativo, pues crea un espacio muy definido para la secuencia narrativa, diferente al de los lienzos.

En el camino hacemos un descanso para leer el libro, el códice, al estilo tradicional, con sus géneros de expresión y diferentes contenidos, destacando la labor del *tlahcuilo* y del *tlapouhqui*. Pero muy pronto, el autor nos adentra en una lectura semiológica en la que vemos el significado de hojear, de mirar la imagen en función del texto verbal y de mirar las partes constitutivas del libro. Aquí cobran vida los signos, sus trazos, formas, colores, posición, todo lo cual se integra en el formema, unidad de valor semiológico que, como el morfema o fonema son unidades elementales en el análisis estructuralista. Con todos estos datos, al final del camino encontramos el discurso del signo, es decir lo legible de los códices, “que no tiene que pasar por el embudo verbal del lenguaje articulado, y ello nos permite recuperar la *anamnesis*, es decir, la rememoración funcional del pasado. (p.164).

Como en los otros caminos, en este también vamos acompañados por los teóricos de la semiología y la semiótica que nos marcan el modo de recorrer el laberinto. Entre ellos, Georges Mounin, René Lindekens, Roland Barthes y Paul Ricoeur, cuatro grandes de nuestro pensamiento actual.

Creo que queda claro que los caminos del laberinto obedecen a la traza de disciplinas modernas, podríamos decir de frontera, en gran parte inspiradas en el estructuralismo de Saussure. Están ellas revestidas del ropaje de la erudición y acompañadas de otras disciplinas más maduras: la historia, la filología y la codicología. Estas tres marcan el último camino a recorrer, el más ancho, el que nos lleva a la salida, lejos del Minotauro. Pero en cualquier hipótesis, vale la pena salir aunque sólo sea para recorrer el camino ancho y mirar de cerca a los cuatro textos objeto principal de este estudio, tres elaborados con escritura mixta y uno puramente pictográfico.

Entremos pues en el nuevo camino, en el de salida, por la puerta de la tercera parte que lleva por título “Tres versiones manuscritas de un texto pictórico”. Son ellas las correspondientes a tres manuscritos del siglo XVI y están elaboradas con escritura mixta, es decir pictográfica y alfabética. Las tres contienen el relato de la peregrinación de los aztecas, un relato “matricial” para el pasado de México. La primera es el *Códice Aubin o manuscrito de 1576*; la segunda, el *Manuscrito 85* y la tercera, el *Manuscrito 40*. Las tres pertenecieron a Boturini y más tarde a Aubin, el famoso mexicanista francés que formó la mejor colección particular de documentos mexicanos del siglo XIX. El *Códice Aubin* se guarda hoy en el Museo Británico; las otras dos, en la Biblioteca Nacional de París. La elección de tales documentos está justificada porque, dice el autor, “son pocos los textos que se pueden cotejar en sus dos versiones (escritura pictográfica y alfabética) y uno

de ellos es la peregrinación de los aztecas". Las tres son analizadas desde un punto de vista histórico-filológico: historia del manuscrito, descripción formal, contenido y criterios de paleografía y de traducción. Sobre este último punto anuncia que opta por una cierta "literalidad" (p. 212), forzando, si es necesario, el castellano. El método de presentar los tres textos en tres columnas en la misma página, tanto en la paleografía como en la traducción, hacen más fácil la comprensión de las tres versiones. Esta comprensión es absolutamente necesaria, ya que el autor incluye en su libro un análisis comparativo de las variantes, tanto textuales como del diseño gráfico y de las ilustraciones.

En el análisis comparativo nos hace ver que cada texto tiene oculta la mano de quien lo transcribió: los errores gráficos, omisiones, interpolaciones, el propio estilo discursivo, y ciertas formas de expresar el espacio y el tiempo. También nos hace ver la diferente personalidad de los tres *tlahcuilos*. Cada uno de ellos, piensa el autor, al transcribir al alfabeto la oralidad y las pictografías, lo hizo de forma diferente, es decir creó un "contexto gráfico específico, el cual ejerció influencia en la forma y los contenidos de lo recopilado" (p. 250). Finalmente se pregunta el autor ¿existió una fuente común. Son una o tres lecturas de un libro anotado. Existió un texto oral formulario? Piensa él que los tres vienen de un prototipo verbal, si bien admite la existencia de un prototipo pictográfico.

Para redondear su análisis comparativo, el autor hace una inmersión histórica en otras narraciones de la peregrinación de los aztecas, unas conservadas en autores en lengua castellana como fray Juan de Torquemada; otras, en lengua náhuatl como Chimalpahin y Cristóbal del Castillo. En cada una de las versiones descubre un rasgo, un trazo y deslinda matices de un hipotexto primordial.

Todo ello le permite entrar con pie firme en la tercera parte, la titulada "Análisis comparativo de las versiones manuscritas y del texto pictórico". En realidad esta parte es un estudio cercano a la disciplina que hoy conocemos como codicología. El protagonista es el *Códice Boturini* o *Tira de la peregrinación*. Después de ofrecer una descripción formal del documento y de sus rasgos pictóricos más importantes, el autor llega a lo que todo codicólogo quiere llegar: la lectura del *Códice*, aunque avisa que es difícil saber cómo se hacía en el México antiguo y que ayuda mucho aplicar "criterios tanto iconográficos como narrativos". Con estas premisas establece su método de lectura que es el de diseñar un plano sincrónico en el que da espacio, podría decirse espacializa, delimita, veinte secuencias. En cada una de ellas reproduce una escena de la peregrinación azteca y el texto alfabético del *Códice Aubin* con traducción al castellano. La lectura de cada secuencia

incluye el análisis de ilustraciones imágenes y glifos con sus trazos y significado, es decir el examen del formema o unidad semiológica estudio. Su lectura se completa con observaciones lingüísticas, filológicas e históricas, o sea, con el plano diacrónico tradicional, aunque repito, la esencia de su lectura es immanente, enfocada al análisis de las formas internas de significación.

Concluye él que el *Códice Boturini* entraña, en una configuración semiológica, una variante de la peregrinación de los aztecas" (p. 333), que está en directa relación con los tres manuscritos estudiados y que es posible recrear la existencia de un texto prototipo, un texto virtual, conservado en la oralidad y también en un libro pictórico (p. 457). Al pasar por el "embudo del alfabeto, la palabra y la imagen perdieron su funcionalidad" y lo que ahora tenemos es, simplemente, una reliquia" (458).

Al fin, el autor y sus lectores hemos encontrado la salida del laberinto y en verdad, en cada camino hemos enriquecido nuestro saber acerca de este documento emblemático de la historia de los mexicas. Pero como ya nos hemos hecho dédalos, no quedamos contentos con saber que sólo conocemos una "reliquia". ¿No será posible que el autor, como el famoso héroe ateniense, construya otro laberinto y nos invite a recorrerlo con él para encontrar el texto completo y verdadero?; creo que estamos dispuestos a un nuevo intento, aunque para ello tengamos que volver a recorrer la oralidad, la semiología, la lingüística, la historia, la filología, la codicología, el posmodernismo, y el deconstructivismo, mientras nos deslizamos por planos sincrónicos, diacrónicos y pancrónicos.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Pilar Máynez, *El Calepino de Sahagún: un acercamiento*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, LII + 375 p.

Decía Joaquín García Icazbalceta en su famosa *Bibliografía mexicana del siglo XVI* que Sahagún era el escritor más difícil de nuestra literatura. Sin duda, así era en su tiempo y en parte lo sigue siendo, a pesar de que ya se han identificado prácticamente todos sus escritos. Pero aún es difícil porque su obra es extensa, inacabable. Prueba de ello es el libro debido a Pilar Máynez titulado *El Calepino de Sahagún: un acercamiento*. Al escoger este título, la autora reconoce y da crédito a Sahagún. No es un libro de Sahagún pero en él se recoge su pensamiento y lo